

JUEVES SANTO - 2013

1.- El gesto de Jesús: lava los pies a los discípulos

Es la hora del amor hasta el extremo: “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”. Es la hora de la autodonación de Jesús. Os invito a que, con fe y amor, contemplemos los gestos de Jesús:

* “Se levantó de la mesa”: el que estaba en el seno del Padre, desciende del trono e inicia el gran éxodo de la encarnación hasta poner su tienda entre los pobres y colocarse en el último lugar. Los pobres lo vieron tan cerca de ellos, que lo consideraron como uno de ellos. No se puede amar y servir a los pobres desde la lejanía, sino desde la cercanía...

* “Se quitó el manto”: hay que despojarse del egoísmo, de la autosuficiencia para poder amar de verdad a las personas. Cuando nuestro corazón está lleno de cosas, cuando se adoran los ídolos del dinero, del poder, del prestigio... ¡qué difícil es amar a los hermanos! Hay que hacerse pobre desde dentro para descubrir para servir a los necesitados...

* “Se arrodilló ante de ellos”. Gesto inmenso de servicio. Para Jesús el que sirve es aquel que es capaz de dar la vida por amor a los que sirve. ¡Qué insondable misterio! ¿Cómo es posible que el Señor se ponga de rodillas ante su criatura?

* “Comenzó a lavar los pies a sus discípulos”. Es un gesto que resume y recapitula la vida de Jesús, que es de servicio, de entrega, de amor, de donación... Jesús hace el oficio del esclavo. ¡Tanto nos amó! Este gesto llegará a su cumbre cuando lo crucifiquen. Los discípulos no entienden nada. Pedro exclama: “¿Lavarme Tú los pies a mí? De ninguna manera”. Entonces Jesús le dice: “Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde... Si no te lavo los pies, no tienes nada que ver conmigo”. Para comprender este gesto de Jesús hace falta que Pedro entienda que para tener parte en Cristo hay que estar dispuesto a entregar la vida por los demás.

* “Si Yo que soy vuestro Maestro y Señor os he lavado los pies, vosotros debéis hacer lo mismo. Os he dado ejemplo”. En la fraternidad de Jesús, el más importante es el servidor de todos. No existe otra forma de ser discípulo de Jesús sino es en el servicio gratuito, desinteresado, generoso a los demás, especialmente a los más pobres. La Iglesia tiene que hacerse una Iglesia pobre para servir a los pobres. La Eucaristía ha de ser comprendida, celebrada y vivida en este contexto de servicio. De lo contrario, podríamos convertirla en un rito vacío, sin vida...

2.- Jesús instituye la Eucaristía

Jesús se ha sentado a la cabecera de la mesa. Los discípulos contemplan cómo Jesús toma un trozo de pan y dice sobre él unas palabras

nuevas: “Esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros”. Y toma después una copa llena de vino y dice sobre ella: “Este es el cáliz de mi Sangre que se derrama por vosotros”.

En este cenáculo, Jesús ha instituido la Eucaristía, el sacramento del amor, el corazón de la Iglesia, el sacramento de la muerte y de la resurrección de Cristo. Antes de iniciar el camino de su Pasión y de su muerte, Jesús ha dejado a sus discípulos y, en ellos, a nosotros, el inmenso don y regalo de la Eucaristía, memorial de su Pasión, Muerte y Resurrección. Se ha quedado con nosotros hasta la consumación de los siglos en el sacramento de la Eucaristía.

3.- Aproximémonos al misterio de la Eucaristía

3.1.- Jesús está realmente presente en la Eucaristía.

La presencia real del Cuerpo y de la Sangre de Cristo en la Eucaristía ha sido acogida como verdad de fe: “después de la consagración del pan y del vino, nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, está contenido verdadera, real y substancialmente bajo la especie de aquellas cosas sensibles”, del pan y del vino. El pan se ha convertido en el Cuerpo de Cristo, y el vino se ha convertido en la Sangre de Cristo. “El efecto de las palabras de la consagración no es el de comunicar simplemente una gracia particular, sino el de hacer presente a Aquel en quien toda gracia tiene origen” (Comité para el Jubileo del año 2000:Eucaristía...”).

3.2.- El sacrificio eucarístico

Las palabras “esto es mi Cuerpo entregado por vosotros” (Lc.22,19) atestiguan que el cuerpo no es dado sólo en alimento a los convidados presentes, sino que es dado “por ellos”, es decir, en sacrificio. Las palabras “este es el cáliz de mi Sangre, sangre de la alianza, derramada por muchos” (Mc.14,24) aluden, aún más explícitamente, al sacrificio.

¿Cómo explicar el sacrificio eucarístico?

Para facilitar la respuesta, seguiremos de cerca las indicaciones del Comité para el Jubileo del año 2000 en su obra: “La Eucaristía, sacramento de vida nueva”. Cristo quiso dejar a la Iglesia “un sacrificio visible..., en el que estuviera representado el sacrificio cruento que había de cumplirse de una vez para siempre en la cruz y cuya memoria se perpetuara hasta el fin de los siglos”. Las palabras “estuviera representado” significa “hacer presente” el sacrificio de la cruz... La representación consiste en una reproducción sacramental del sacrificio de la cruz; ella hace presente aquel sacrificio de forma que se apliquen sus frutos a la Iglesia. Con su acto de ofrenda, Jesús renueva de forma no cruenta el sacrificio... Este acto lo realiza Cristo en su condición celestial de Salvador glorioso, cuyo sacrificio

ha sido consumado; no puede adquirir nuevo valor sino sólo ser aplicado más ampliamente” (p.116-117).

El sacrificio sacramental hace presente la ofrenda del Cristo glorioso y no sólo del Cristo implicado en el drama de la cruz... Sólo el Cristo glorioso posee el poder de renovar la ofrenda de su cuerpo y de su sangre en sacrificio... El Cristo que baja al altar es el Salvador resucitado. Y como salvador resucitado es como se ofrece como alimento y bebida en la comida eucarística. Pero es verdad que es el mismo Cristo que nació de la Virgen, que vivió en la tierra una vida semejante a la nuestra y que se dedicó al cumplimiento de su misión hasta su elevación en la cruz. Pero se nos comunica en la vida superior de su estado celestial, vida que emana de los dones del Espíritu Santo” (pp.119-121).

3.3.- El sacrificio de Cristo, sacrificio de la Iglesia

El sacrificio eucarístico es sacrificio de Cristo: Cristo es la víctima y es también el sacerdote, el sacerdote principal, que opera a través de los ministros que actúan en su nombre. Pero el sacrificio eucarístico es al mismo tiempo sacrificio de la Iglesia. Y ésta es su razón de ser; en cuanto sacrificio sacramental existe sólo en función del bien de la Iglesia y de sus miembros. ¿Con qué fin se renueva la ofrenda del sacrificio de la cruz si no es para llegar a ser el sacrificio de la Iglesia? El sacrificio consumado en el Calvario no necesita ser repetido. Es único y fue ofrecido de una vez para siempre, adquiriendo para la humanidad las gracias necesarias para la salvación. Por tanto, la “representación sacramental de aquel sacrificio significa una implicación de la Iglesia en ese sacrificio. Esto supone que la Iglesia está en grado de hacer suyo el sacrificio de Cristo y de entrar en la implicación que aquel sacrificio comporta. Por tanto, el sacrificio eucarístico no es sólo la mera repetición de la ofrenda de Cristo en el Calvario, sino también apropiación, por parte de la Iglesia, de aquella ofrenda, para una fecundidad más amplia. Esta apropiación del sacrificio de Cristo por parte de la Iglesia es una apropiación objetiva en el sentido de que, sacramentalmente, la ofrenda del Salvador llega a ser la de la Iglesia, a través de la realización del rito instituido por Jesús durante la Última Cena. Las palabras de la consagración realizan el sacrificio de Cristo como sacrificio de la Iglesia. Esta apropiación objetiva, garantizada por el rito, tiende a completarse en una apropiación subjetiva, es decir, el sacerdote y los fieles que participan en la Eucaristía están invitados a asociarse, con sus disposiciones personales, a la ofrenda del sacrificio redentor. La celebración eucarística tiende a hacerles compartir a ellos los sentimientos y la voluntad de oblación del Salvador” (pp.122-124).

3.4.- “Tomad y comed... Tomad y bebed”

Aquella noche en que iba a ser entregado, Jesús no guardó nada para sí mismo, sino que se entregó todo El, se puso en común, se puso a disposición de todos. Cuando se ama de verdad, no se dan cosas ni se regatea en la generosidad, sino que se entrega uno mismo hasta llegar a regalar la propia vida. ¡Cuánto tenemos que aprender y hacer!

La prueba máxima de esta entrega de Jesús es que ofreció a sus discípulos y, en ellos, a nosotros, su propio cuerpo para que lo comiéramos y su propia sangre para que la bebiéramos sacramentalmente. La Eucaristía es el viático para recorrer el camino que nos lleva a la Casa del Padre. Cristo instituye el banquete eucarístico e invita personalmente a todos los hombres a beneficiarse de él, estando bien dispuesto su corazón.

La participación en el banquete de la Eucaristía es entrar en comunión con Jesucristo: “El cáliz que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo?”. En la Eucaristía Cristo mismo, en su existencia gloriosa de Resucitado, se nos da como alimento para nuestra vida y camino. “El que come de este pan vivirá para siempre”.

3.5.- “Haced esto en memoria mía”

De nuevo las palabras de Jesús en esta noche santa causan la emoción en los discípulos, a la vez que el agradecimiento ante este don. De esta orden de Jesús nace la celebración de la Eucaristía en la Iglesia. Diciendo Jesús “haced esto en conmemoración mía”, Jesús no deseaba sólo que los hombres vivieran después de El acordándose de El. Quería hacer de la Eucaristía un memorial. El memorial no consiste simplemente en una memoria subjetiva. Es manifestación exterior, institucional, de la memoria: es recuerdo que se inscribe definitivamente en la historia, para dar un carácter perpetuo al acontecimiento que debe ser conmemorado.

Jesús confía a sus discípulos hacer en su nombre y autoridad lo que El acaba de realizar. Jesús instituye el Sacerdocio Ministerial. En adelante y hasta el final de los siglos, Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote, renovará su inmolación en el signo sacramental por medio de los sacerdotes.

4.- “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis como Yo os he amado”

Sólo desde la vida entregada hasta el final, desde el amor sacrificial de Jesús, se puede comprender este mandamiento nuevo. Para sentarse a la mesa de Jesús y comulgar con su Cuerpo y su Sangre, hay que dejar atrás todo signo de egoísmo, de odio, de incomprensión. Antes de acercarse a la mesa del Señor hay que perdonar, hay que reconciliarse con los demás. Jesús nos pide que seamos y actuemos como El: Siervos

arrodillados para servir a todos. Servidores de todos, pero de manera especial y preferencial de los más pobres, de los necesitados, de los enfermos, de los abandonados, de los que nadie quiere y ante los cuales se vuelve el rostro y se les da la espalda... En esta noche santa nos pide el Señor que “seamos uno como El y su Padre son uno”. Debemos mantenernos unidos a Él, como los sarmientos a la cepa. Debemos mantenernos unidos unos y otros como hermanos. El amor es y será el gran signo que acredita que somos sus discípulos: “en esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis los unos a los otros”.

UNOS COMPROMISOS CRISTIANOS

1.- Comulgar con el Cuerpo entregado...y la Sangre derramada de Cristo.

Somos invitados a acercarnos, limpios de pecado, a participar en el banquete de la Nueva y Eterna Alianza. Comulgando con este Cuerpo y Sangre, hemos de estar dispuestos a entregarnos por los demás, a regalarles nuestra vida...

2.- Los que comemos de un mismo pan, formamos un solo Cuerpo

Participar en el banquete eucarístico lleva consigo formar un solo cuerpo. Superemos, por tanto, la tentación del individualismo, del vivir y actuar aislados para adentrarnos en la dinámica de la comunión...

3.- Poner la mesa entre los pobres

La mesa eucarística que ponemos en nuestras Iglesias nos exige que extendamos nuestra mesa entre los más pobres del mundo.

4.- Hacer que nuestra existencia sea eucarística

El que comulga con el Cuerpo y la Sangre de Cristo ha de procurar que su existencia sea coherente y esté en conformidad con la Eucaristía. Esto significa que nuestra existencia esté adornada de acción de gracias a Dios, de entrega y generosidad, de atención a los más desgraciados, y que “se rompa” para poderse compartir con los demás...

Florentino Muñoz Muñoz